

Nuevo favor suyo es para mí, que tantos le debo, el haber dispuesto las circunstancias de modo que mi entrada en la Academia de la lengua se verificase en los días de su coronación en la imagen del Rosario de Chiquinquirá, para mí tan tiernamente cara.

Gózome yo en invocarla ahora, dándole entrañables gracias con las palabras de la Iglesia en uno de sus admirables himnos:

*Virgo dux pacis, genitrixque lucis, Reina de la paz y madre de la luz: PAZ Y LUZ: ¡los bienes de que más necesitamos!*

---

## RESPUESTA A JOSE JOAQUIN CASAS

Por ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

La Academia Colombiana recibe con regocijo al señor don José Joaquín Casas, a quien espera desde hace tiempo, porque era su deseo que uno de nuestros más altos poetas ocupase la silla del inmortal cantor del *Niágara* y del *Bambuco*. Y es para mí una gran satisfacción el que me corresponda dar la bienvenida al amigo de la adolescencia, al poeta que me inspiró grande admiración con sus ensayos juveniles y a quien hoy, llegado a la madurez de la vida, admiro en la proporción en que su obra ha crecido y se ha dilatado, abarcando nuevos y fecundos campos y abriendo a nuestros ojos vastos y luminosos horizontes.

El señor Casas tiene múltiples títulos como orador, como publicista, como pedagogo, para ocupar un puesto en cualquier corporación literaria, pero claro está que su principal timbre de gloria, lo que le da entrada, por derecho propio, en esta Academia, es su condición de verdadero y altísimo poeta. De tal manera forma la poesía el fondo de su ser, que el lenguaje de los versos brota espontáneamente de su boca; y sin jactancia podría repetir la frase de Ovidio: *quod tentabam dicere versus erat*. Otros fabrican estrofas, como quien ejecuta trabajos de orfebrería; Casas las hace perfectas sin que aparezca el esfuerzo, como si la fácil perfección fuera condición inseparable de su inspiración poética.

Y sin embargo, este sacerdote de las musas, que podría decir de sus versos con mayor razón que Horacio de los suyos, que son hechos para que los escuchen las vírgenes y los niños, no ha podido consagrarse exclusivamente al culto del arte de su predilección, y ha tenido que mezclarse, con su blanca túnica de poeta, en las luchas ardientes y muchas veces antiestéticas de la política militante y ha hecho oír su palabra de convencido en los comicios, en las cámaras, en los consejos de gobierno; sin que lo haya llevado a esos sitios interés personal alguno sino el deseo de servir a su causa. Y si fuéramos a censurarlo por haber abandonado tantas veces los amenos bosquecillos del

Parnaso, en donde la musa le dicta con amor sus oráculos, por el mar embravecido de las luchas democráticas, donde más de una vez ha estado a punto de naufragar su barca, él nos cerraría la boca diciéndonos que cuando habla el deber, calla el arte, y nos citaría el ejemplo de su gran maestro, el Orfeo moderno, el divino poeta de las *Meditaciones* y de las *Armonías*, quien después de haber hechizado al mundo con la dulzura de su música celeste, conquistó las palmas de la elocuencia parlamentaria; presidió una efímera república y amansó a las multitudes desenfundadas con el poder dominador de su palabra. Cuando el gran poeta, en las horas de su solitaria vejez rememoraba sus triunfos, quizá estimaba más su hora de apoteosis tribunicia en el Hotel de Ville que el ser autor de *Joselyn*. No comparte este juicio la posteridad. Pero es que esos grandes soñadores e idealistas quieren buscar la gloria por las sendas más ásperas y difíciles; y si la musa sale a su encuentro para coronarlos de rosas, ellos suelen desdeñarla, para ir a buscar la corona de espinas, como apóstoles de una idea, como luchadores de una causa social. De estos es Casas. Nunca le ocurrirá a él, como a Horacio, arrojar el escudo, en medio de la refriega y ponerse en fuga, convencido de que su índole y sus aficiones lo llamaban a la vida retirada del arte más bien que a las inquietudes de la guerra. Preferiría caer como Garcilaso, rota la frente por el proyectil enemigo, en el momento de escalar el muro contrario. De manera análoga cayó su hermano menor Jesús Casas, otra grande esperanza de nuestra poesía. Y él se hubiera sacrificado gustoso, si las circunstancias lo hubieran puesto en el campo de batalla, como lo pusieron en el Ministerio de Guerra en los momentos más trágicos de la más larga de nuestras guerras civiles. Allí sacrificó, si no la vida, la tranquilidad; y desató tempestades que han seguido azotando su manto de poeta, sin que hayan logrado alterar la serenidad de su rumbo.

Casas nació en la pintoresca ciudad de Chiquinquirá, en el seno de una familia de patriarcales tradiciones y en la cual son innatos los sentimientos tiernos y delicados; recibió en el santuario de la Virgen hondas e imborrables impresiones religiosas y apacentó su imaginación infantil en la contemplación de una naturaleza rica, fresca y hospitalaria, que halaga los ojos con las suaves líneas de sus colinas, con las armoniosas curvas de su lago, con la plácida perspectiva de sus opulentos valles. Si naciera en los tiempos mitológicos, hubiera podido acontecerle lo que al lírico latino, el cual cuenta que, de niño, vagando descuidado por las agrestes campiñas, se quedó dormido y un coro de palomas se posó sobre él y lo cubrió de hojas de mirto y de laurel sagrado, consagrándolo, desde entonces, a las musas. ¡Soy vuestro! pudo decir también a esas amables diosas nuestro infantil cantor, que vino al mundo con el destino de decir cosas bellas. Dotólo el cielo de eso que los hombres han llamado inspiración, por no hallar nombre más adecuado que darle y que los antiguos representaban como una especie de furor divino que se apoderaba del pecho y hacía prorrumpir al poeta en nunca oídas revelaciones. No es ciertamente la inspiración un trance ni mucho menos una con-

moción histórica de los nervios; es un feliz consorcio de facultades que hace del poeta un ser que vibra y se conmueve ante las más tenues impresiones del mundo externo, ante los más íntimos y delicados toques del sentimiento; y que después de reproducir las bellas apariencias, penetra el sentido profundo de las cosas; descubre entre ellas ocultas relaciones; y nos da la clave de un misterioso simbolismo, que anima y vivifica los más humildes objetos y hace de la creación un arpa que suena sumisa al impulso de su afortunado intérprete.

Ejemplos de este poder de evocación y de esta facultad de interpretación abundan en las obras de Casas; y para no acudir a sus producciones poéticas, voy a tomar una muestra de uno de sus recientes discursos, que, aun cuando escrito en prosa, es un himno a Nuestra Señora de Chiquinquirá. Refiere el orador que de niño, asistía a una gran fiesta que se celebraba en el venerado santuario y de pronto se hizo un silencio solemne, durante el cual se oyó el canto de un pajarillo. Conmovióse el niño, pensando que esa humilde criatura era intérprete espontáneo de los sentimientos de aquella inmensa colectividad; y guardó en su memoria ese recuerdo, que ha revivido ahora cuando, levantado el poeta sobre la tribuna para saludar a la Virgen entre oleadas de enorme gentío, se ha sentido semejante a aquel pajarillo cantor, que escuchó en su infancia. Miles de personas pudieron escuchar como él, aquel pasajero trino; y no pusieron atención en él, u olvidaron ese pequeño incidente; ninguno pensó que allí se escondía un alto motivo poético, que podía adquirir la fuerza y la trascendencia de un símbolo: sólo lo sintió y lo comprendió el poeta, cuyo oído percibió lo que se escapa a los sentidos del vulgo y cuya fantasía le permitió dar forma perdurable a ese fugaz recuerdo. Ese es el poeta; en eso se distingue del resto de los mortales, que contemplamos distraídamente los objetos, sin percibir sus rasgos característicos; y que sentimos las emociones estéticas de una manera confusa y vaga, entreviendo la belleza como en un limbo nebuloso y no hallando la expresión exacta y adecuada para impresiones que no acertamos a definir, como no logramos arrancar la forma nítida y perfecta de ese fondo misterioso, semejante al caos primitivo por donde vagaban errantes los embriones informes de las cosas.

Sin pretender confundir los dominios de las distintas artes ni convertir en fórmula absoluta la frase del preceptista latino: *ut pictura poesis*, es innegable que la poesía tiene colorido. A veces ostenta los rojos matices de la sangre; otras tiene los tintes azules del mar y del cielo; en ciertos poetas ofrece oscuridades trágicas iluminadas por el resplandor fatídico del rayo. La poesía de Casas es perpetuamente luminosa: sus versos flotan en una atmósfera transparente; y ya giran en torno del hogar doméstico, como las ágiles golondrinas; ya, elevándose más, parece que náda en el éter, como las blancas garzas sobre la tersa inmensidad de nuestras sabanas; ya, hiriendo el aire con sus alas potentes asciende majestuosamente, en grandes círculos, como el águila caudal, hasta alcanzar las altas cimas de los montes.

Y ese mismo carácter luminoso de su poesía, le ha permitido aplicarla a temas humildes, a pintar fiestas de aldea, escenas populares, a penetrar hasta el tugurio de pobres carboneros de la montaña. Es que, así como los rayos del sol limpian y hermean las cosas, y pueden transformar un humilde guiñapo en un trozo de púrpura, así una poesía llena de luz, como la de Casas, purifica el ambiente de las chozas, embellece la humareda que brota del tosco hogar de piedras y baña el torso del gañán medio desnudo con reflejos dorados, que lo asemejan a un antiguo atleta, reluciente con el óleo de la lucha olímpica. Por eso los cuadros rústicos de Casas, llenos de verdad y de vida, no pertenecen a ese género de realismo prosaico, que destaca los objetos en toda su crudeza, insistiendo implacable en los más bajos pormenores y privando al cuadro de todo ambiente artístico. Casas hace en la miniatura de un soneto lo que hizo Pereda en los grandes cuadros de sus novelas; ambos nos dan la impresión de la hierba fresca, del aire libre, de los musgos de la montaña, de las majadas, de los pastores, de las nieblas que bajan del páramo bravío y envuelven como manto glacial a los habitantes de las inhospitalarias cumbres.

Dos musas, pues, presiden alternativamente a la inspiración de Casas: la que dictó sus odas a Quintana y a Gallejo; sus silvas a Bello, y sus tercetos a Núñez de Arce; esto es, la musa aristocrática y gentil, vestida con el peplo de rozagantes pliegues, coronada de laurel y que ostenta en las manos la lira de oro y pedrerías con que celebra los grandes hechos y canta los héroes de la historia; y la musa campesina que no lleva como la otra coturno bordado de perlas, sino que pisa con desnudo pie la grama cubierta de rocío; que deja flotar al aire sus sueltos cabellos y luce en su sencilla túnica las flores de los campos. En vez de lira lleva la zampona pastoril, que aplica a sus labios de rosa, para conmover la campiña con sus rústicos sonos. A veces las dos musas se contestan, contraponiendo sus tonos; y entonces la poesía, ya solloza patéticas "saudades", ya ríe con alegres ritornelos. En los sonetos de Casas, sorprende y agrada este tránsito de lo real a lo ideal; de la plaza del pueblo donde bulle una multitud abigarrada, cuyas diversas voces recoge el poeta, a las alturas silenciosas en donde el pensamiento, al modo del cóndor de Leconte de Lisle, extiende sus enormes alas y permanece inmóvil, iluminado por la luz serena de las constelaciones, absorto en la contemplación de lo infinito.

No obstante su ardiente idealismo, no es Casas uno de esos poetas aniñados que lo ven todo al través de un velo de color de rosa y pintan la vida como un perpetuo idilio. Bien sabe él que existe el mal en el mundo, como que muchas veces lo ha visto en acción y ha sentido sus violentas acometidas. Su musa, nacida para contemplar la belleza, se sobrecoge ante el espectáculo de la deformidad moral; y el himno se trueca en sus labios en sátira vengadora, y su pincel, en vez de fijar las puras líneas de vírgenes y niños, traza en cuatro rasgos vengadores, la caricaturesca silueta del vicio. Y su estilo, tan casto y tan puro, pide a la versificación castellana, sus inauditos re-

cursos para reforzar la impresión de lo grotesco y producir el efecto cómico, haciendo con las rimas juegos tan inesperados y felices como los de Bretón de los Herreros, en su extraño e ingenioso poema de *La desvergüenza*.

La poesía popular que ha cultivado Casas con atención preferente en los últimos tiempos, es un género espontáneo en la literatura castellana y la opulenta colección de cantares del pueblo español, recogida por el insigne Rodríguez Marín revela cuán fácilmente brotan las más sentidas coplas del corazón y de los labios de las gentes de nuestra raza. Nuestros más antiguos dramáticos acudieron a la musa villanesca para aderezar sus representaciones, y hasta el idioma de los aldeanos de Salamanca aparece en las comedias de Juan del Encina. Y las dos corrientes literarias del gran siglo, la que siguió el gusto y los metros italianos y la que mantuvo el culto de las formas nacionales, confluyeron al grande océano de la obra dramática y lírica de Lope de Vega, quien lo mismo escribió canciones y sonetos del más puro estilo del Renacimiento que hizo resonar los panderos y rabeles en las escenas campesinas de sus dramas y en las coplas y villancicos que esmaltan la obra lírica del cantor de *Los pastores de Belén*.

Cuando la poesía elegante y erudita, decae, por falta de jugo propio y se convierte en obra de pura imitación, el único medio que tiene para renovarse es ir a buscar las fuentes en la inspiración popular y cobrar fuerzas al contacto del patrio terruño. Entre modernos poetas castellanos, Gabriel y Galán mostró cómo en medio de una escuela extranjerizada, cultivadora de un arte enfermizo, podían cantarse los sentimientos primitivos y eternos, los grandes afectos religiosos y domésticos, la vida del campo, tal como la lleva, no un poeta de corte, sino un verdadero agricultor; y nos dejó en *El Ama* una de las más patéticas inspiraciones de la musa contemporánea. Casas, entre otros grandes méritos, puede exhibir el de haber producido, en las formas más perfectas de la poesía española, un fruto sazonado bajo el sol de Colombia, nutrido con los jugos de nuestra tierra y embalsamado con los perfumes de los frutos de nuestra zona. Esto le da un valor sustancial, muy superior al de producciones brillantes pero que no expresan nada del espíritu nacional ni reflejan matiz alguno de nuestra naturaleza.

El señor Casas recuerda, al principio de su discurso, a la Academia Colombiana en un momento de extraordinario esplendor; cuando celebró el Centenario de don Andrés Bello en una fiesta de imborrable recordación que conmueve mi afecto filial porque en ella fue solemnemente laureado mi buen padre. Era un verdadero Areópago de las letras, la Corporación donde se sentaban Caro y Cuervo; Pombo y Ortiz; Marroquín y González Manrique; Núñez y Santiago Pérez, y otros igualmente preclaros. Cuando vuelve uno los ojos a esas épocas, siente la nostalgia de las grandezas idas; porque la generación a que Casas y yo pertenecemos se educó en la admiración de esos hombres ilustres y nunca consideró punto de honra el afectar desdén u olvido por sus antepasados y maestros. Pero esa impresión

de pesar se atenúa, considerando que nuestra Academia cuenta todavía en su seno con próceres de las letras, dignos sucesores de los de antaño, como el prosista insigne que preside a nuestra literatura como a los destinos de la nación colombiana; como el elocuente orador sagrado, maestro en toda clase de disciplinas, que nos dirige con noble decoro; y como tantos literatos y repúblicos que honran a la patria en las distintas esferas de su actividad, y a quienes otros admiramos desde las sombras, celebrando sus gloriosos triunfos. A este grupo selecto viene a juntarse don José Joaquín Casas, trayendo su alta representación poética; y al darle la bienvenida, hago votos porque su musa siga deleitándonos con sus armonías, porque su suerte sea próspera y su vida menos contrastada por los vaivenes de la fortuna; porque su inspiración se compenetre más y más con el alma de la patria. Y así como el gran Verdaguer, después de asombrar al mundo con los prodigios de la *Atlántida* y el *Canigó*, quiso ser el trovador de Monserrat, así nuestro nuevo compañero, que consagró a Nuestra Señora su más hermoso canto juvenil, venga a ser el trovador de la Virgen bendita, bajo cuyo amparo se celebran estas fiestas que han hecho que todos, grandes y pequeños, nos reconozcamos pueblo para amar y para sentir.